

Richard J. Evans
La llegada
del Tercer Reich



Richard J. Evans
La llegada
del Tercer Reich

TRADUCCIÓN DE
JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ FLÓREZ

ediciones península

Título original: *The Coming of the Third Reich*

© Richard J. Evans, 2003
Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

Primera edición: abril de 2005
Primera edición revisada: octubre de 2012
Primera edición en este formato: febrero de 2017

© de la traducción del inglés: José Manuel Álvarez Flórez, 2005

Mapas al cuidado de Andras Bereznay

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2017
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Book Print Digital- impresión
Depósito legal: B. 979 - 2017
ISBN: 978-84-9942-567-2

© de las fotografías: Ullstein Bilderdienst, Berlín: 1, 24; Imperial War Museum: 2 (Q53446), 3 (Q9271); Simon Taylor: 5, 16, 19a, 19c, 19d; Hulton Getty: 6, 12, 15, 22; Mary Evans Picture Library: 7, 17; Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz: 8, 10, 13, 20, 21, 27; Bettmann/Corbis: 9; Bridgeman Art Library y DACS, 2003: 11; Süddeutscher Verlag, Munich: 14; Christel Gerstenberg/Corbis: 19b; AKG, Londres: 23, 25, 29; Hulton-Deutsch Collection/Corbis: 30.

Se ha intentado localizar a todos los propietarios de los derechos de las imágenes, pero no siempre ha sido posible. En caso de recibir notificación, los editores rectificarán toda omisión en cuanto sea posible.

CONTENIDO

Prefacio, 11

1. LA HERENCIA DEL PASADO, 31

Peculiaridades alemanas, 33. Evangelios de odio, 53.
El espíritu de 1914, 73. Descenso al caos, 92.

2. EL FRACASO DE LA DEMOCRACIA, 111

Los puntos débiles de Weimar, 113. La gran inflación, 139.
Guerras culturales, 154. Los aptos y los no aptos, 176.

3. LA ASCENSIÓN DEL NAZISMO, 191

Revolucionarios bohemios, 193. El *Putsch* de la cervecería, 213.
La reconstrucción del movimiento, 232. Las raíces del compromiso, 254.

4. HACIA LA TOMA DEL PODER, 269

La Gran Depresión, 271. La crisis de la democracia, 286.
El triunfo de la violencia, 306. Decisiones fatídicas, 329.

5. LA CREACIÓN DEL TERCER REICH, 349

Comienza el terror, 351. Fuego en el Reichstag, 369.
La destrucción de la democracia, 391.
Metiendo en vereda a Alemania, 416.

6. LA REVOLUCIÓN CULTURAL DE HITLER, 433

Notas discordantes, 435. La purga de las artes, 447.
«Contra el espíritu antialemán», 461.
¿Una «revolución de la destrucción»? 484.

Notas, 505

Bibliografía, 569

Lista de ilustraciones, 621

Lista de mapas y gráficos, 623

Índice alfabético, 625

PECULIARIDADES ALEMANAS

I

¿Es un error empezar con Bismarck? Fue, en varios sentidos, un personaje clave en la aparición del Tercer Reich. Por una parte, el culto a su memoria en los años que siguieron a su muerte impulsó a muchos alemanes a anhelar el retorno de la jefatura fuerte que su nombre representaba. Por otra, sus actos y sus decisiones políticas de mediados a finales del siglo XIX ayudaron a crear una herencia sombría para el futuro alemán. Fue, sin embargo, en muchos sentidos, un personaje complejo y contradictorio, tan europeo como alemán, tan moderno como tradicional. También en esto apuntaba su ejemplo hacia una enrevesada mixtura de lo nuevo y lo viejo, que fue tan característica del Tercer Reich. Conviene recordar que sólo cincuenta años separaban la fundación en 1871 del Imperio alemán por Bismarck y los triunfos electorales de los nazis de 1930-1932. Parece imposible negar que hubiese una conexión entre los dos hechos. Es aquí, más que en las remotas culturas religiosas y políticas jerárquicas de la Reforma o del absolutismo ilustrado del siglo XVIII, donde hallamos el primer momento real de la historia alemana que es posible relacionar directamente con la aparición del Tercer Reich en 1933.¹

Otto von Bismarck, nacido en 1815, se hizo famoso como el más fiero de los conservadores alemanes, dado a afirmaciones brutales y a actos violentos, que nunca tenía miedo de exponer con contundente claridad lo que almas más cautas temían decir en voz alta. Procedente de un medio tradicional y aristocrático, arraigado al mismo tiempo en la clase terrateniente *Junker* y en la nobleza funcionarial, parecía representar para muchos el prusianismo en una forma extrema, con todas sus virtudes y sus vicios. Su dominio de la política alemana de la segunda mitad del siglo XIX fue brutal, arrogante y completo. No era capaz de ocultar el desprecio que le inspiraban el liberalismo, el socialismo, el parlamentarismo, el igualitarismo y muchos otros aspectos del mundo moderno. Sin embargo, esto no pare-

ció menoscabar lo más mínimo la reputación casi mítica que adquirió después de su muerte como el creador del Imperio alemán. En el centenario de su nacimiento, en 1915, cuando Alemania estaba en plena Primera Guerra Mundial, un liberal de espíritu humanitario como el historiador Friedrich Meinecke podía confortarse, e incluso inspirarse, con la imagen del «canciller de Hierro» como un hombre de fuerza y poder: «Es el espíritu de Bismarck—escribió—el que nos prohíbe sacrificar nuestros intereses vitales y nos ha forzado a la decisión heroica de asumir la lucha prodigiosa contra el Este y el Oeste, utilizando sus palabras: “Como un hombre fuerte, que tiene dos buenos puños a su disposición, uno para cada adversario”». ² Éste era el caudillo grande y decisivo cuya ausencia muchos alemanes sentían agudamente en aquella coyuntura crucial para la suerte de su país. Habrían de sentir la ausencia de un caudillo como él con mayor intensidad aún en los años que siguieron al final de la guerra.

Pero en realidad Bismarck era un personaje mucho más complejo que esta tosca imagen, fomentada por sus acólitos después de su muerte. No era el jugador temerario dispuesto a correr riesgos de la leyenda posterior. Eran demasiado pocos los alemanes que recordaban posteriormente que había sido Bismarck el responsable de definir la política como «el arte de lo posible». ³ Él insistió siempre en que su técnica era calcular la dirección que iban a seguir los acontecimientos y luego aprovecharse de ellos para sus propios fines. Él lo expresó más poéticamente: «Un estadista no puede crear nada él mismo. Tiene que esperar y escuchar hasta que oiga los pasos de Dios resonar a través de los acontecimientos, y entonces levantarse de un salto y asir el borde de su túnica». ⁴ Bismarck sabía que no podía encajar por la fuerza los acontecimientos en el esquema que él quisiese. Si (por adoptar otra de sus metáforas favoritas) el arte de la política consistía en pilotar la nave del Estado a lo largo de la corriente del tiempo, ¿en qué dirección estaba fluyendo esa corriente en la Alemania del siglo XIX? Antes de que se iniciase el siglo, la Europa central llevaba más de un milenio fragmentada en una miríada de Estados autónomos, algunos de ellos poderosos y bien organizados, como Sajonia y Baviera, otros, «ciudades libres» de tamaño pequeño o medio, o diminutos principados y señoríos que consistían en poco más que un castillo y una finca de tamaño modesto. Y todas esas entidades estaban agrupadas en el llamado Sacro Reich Romano de la Nación Alemana, fundado por Carlomagno en el 800 y disuelto por Napoleón en 1806. Ése fue el famoso «Reich de los mil años» que acabarían intentando emular los nazis. En la época en que se hundió bajo el peso de las invasiones napoleónicas, se hallaba en una condición calamitosa; las tenta-

tivas de establecer un grado significativo de autoridad central habían fracasado y Estados miembros poderosos y ambiciosos, como Austria y Prusia, habían tendido cada vez más a hacer sentir su peso en torno suyo como si el Reich no existiese.

Cuando se posó el polvo tras la derrota de Napoleón en Waterloo, en 1815, los Estados europeos crearon una organización sucesora del Reich en la forma de la Confederación Germánica, cuyas fronteras eran aproximadamente las mismas e incluían, como antes, las partes germanohablantes y checohablantes de Austria. El sistema policial establecido por el canciller austriaco, el príncipe Metternich, en la Europa central consiguió mantener durante un tiempo cerrada la tapa del caldero hirviente de la actividad revolucionaria y liberal provocada por los franceses en una activa minoría de gente ilustrada antes de 1815. Pero a mediados de la década de 1840 una nueva generación de intelectuales, abogados, estudiantes y políticos locales habían pasado a sentirse insatisfechos con la situación. Llegaron a creer que el medio más rápido de liberar Alemania de sus muchas tiranías, grandes y pequeñas, era acabar con los Estados miembros de la Confederación y sustituirlos por un solo sistema de gobierno alemán basado en instituciones representativas y que garantizase las libertades y derechos básicos (libertad de expresión, libertad de prensa, etc.) de los que aún seguía sin disfrutarse en tantas partes de Alemania. El descontento popular provocado por la pobreza y el hambre de los «hambrientos cuarenta» les dieron su oportunidad. En 1848 estalló la revolución en París y se extendió luego por toda Europa. Los gobiernos alemanes existentes fueron barridos y llegaron al poder los liberales.⁵

Los revolucionarios organizaron rápidamente elecciones en la Confederación, Austria incluida, y se convocó un Parlamento nacional en Frankfurt. Tras mucha deliberación, los diputados votaron una lista de derechos fundamentales y aprobaron una Constitución alemana siguiendo las directrices liberales clásicas. Pero no fueron capaces de hacerse con el control de los ejércitos de los dos Estados principales, Austria y Prusia. Esto resultó decisivo. En el otoño de 1848 los monarcas y generales de los dos Estados habían recuperado el valor. Se negaron a aceptar la nueva Constitución y, tras una oleada de actividad revolucionaria radical-democrática que recorrió Alemania en la primavera siguiente, disolvieron por la fuerza el Parlamento de Frankfurt y mandaron a casa a los diputados. La revolución había terminado. Se restableció la Confederación y los revolucionarios más destacados fueron detenidos, encarcelados u obligados a exiliarse. Los historiadores han considerado en general la década siguiente un periodo de

reacción profunda, en el que el talón de hierro del autoritarismo alemán aplastó los valores liberales y las libertades civiles.

Muchos historiadores han considerado la derrota de la revolución de 1848 un acontecimiento crucial de la historia alemana moderna, el momento, según la frase famosa del historiador A.J. P. Taylor, en que «la historia alemana llegó al punto en que debía dar un giro y no lo hizo».⁶ Sin embargo, Alemania no se adentró por un «camino especial» recto y sin desvíos hacia el nacionalismo agresivo y la dictadura política después de 1848.⁷ Habrían de darse muchos giros y vueltas evitables a lo largo del camino. En primer lugar, la suerte de los liberales había experimentado una espectacular transformación una vez más a principios de la década de 1860. Lejos de ser una vuelta completa al viejo orden, el régimen posrevolucionario había procurado satisfacer muchas de las peticiones de los liberales, aunque no llegase a otorgar ni la unificación nacional ni la soberanía parlamentaria. A finales de la década de 1860 se habían introducido ya en casi toda Alemania los juicios públicos con jurado, la igualdad ante la ley, la libertad de empresa mercantil, la abolición de las formas más criticables de censura oficial de la literatura y la prensa, los derechos de reunión y de asociación y muchas cosas más. Y algo crucial: muchos Estados habían creado asambleas representativas en las que diputados elegidos disponían de libertad de discusión y gozaban de algunos derechos al menos sobre la legislación y la recaudación de rentas del Estado.

Fue precisamente de este último derecho del que se valieron los renacidos liberales en Prusia en 1862 para bloquear la recaudación de impuestos hasta que se pusiese al Ejército bajo el control de la asamblea legislativa, como no había sucedido, funestamente, en 1848. Esto significaba una grave amenaza para la financiación de la maquinaria militar prusiana. El monarca prusiano nombró para afrontar la crisis al hombre que había de convertirse en la personalidad dominante de la política alemana durante los treinta años siguientes: Otto von Bismarck. Por entonces los liberales habían deducido correctamente que no había ninguna posibilidad de que Alemania se uniese, como en 1848, en un Estado nacional que incluyese la Austria germanohablante. Eso habría significado la desintegración de la monarquía de los Habsburgo, que incluía enormes extensiones de territorio, desde Hungría hasta la Italia septentrional, que quedaban fuera de las fronteras de la Confederación Alemana, e incluía a muchos millones de personas que hablaban lenguas distintas del alemán. Pero los liberales consideraron también que, después de la unificación de Italia en 1859-1860, había llegado su hora. Si los italianos habían conseguido crear un Estado na-

cional propio, no cabía duda de que los alemanes serían también capaces de hacerlo.

Bismarck pertenecía a una generación de políticos europeos, como Benjamin Disraeli en Inglaterra, Napoleón III en Francia o Camilo Cavour en Italia, que estaban dispuestos a utilizar medios radicales e incluso revolucionarios con fines básicamente conservadores. Comprendió que no se podían ignorar las fuerzas del nacionalismo. Pero se dio cuenta también de que, después de las frustraciones de 1848, muchos liberales estarían dispuestos a sacrificar una parte al menos de sus principios liberales en aras de la unidad nacional para conseguir lo que querían. En una serie de movimientos rápidos y resueltos, Bismarck se alió con los austriacos para arrebatarse los disputados ducados de Schleswig-Holstein al reino de Dinamarca, y organizó luego una guerra entre Prusia y Austria por la administración de éstos, que terminó con una rotunda victoria de las fuerzas prusianas. La Confederación Germánica se desmoronó, creándose a continuación una institución sucesora sin los austriacos ni sus aliados germánicos del sur, que Bismarck denominó, a falta de un término más imaginativo, Confederación Alemana del Norte. Inmediatamente la mayoría de los liberales prusianos, dándose cuenta de que la creación de un Estado nacional estaba justo a la vuelta de la esquina, perdonaron a Bismarck su política (aplicada con un sublime desdén hacia los derechos parlamentarios durante los cuatro años anteriores) de recaudar impuestos y financiar al Ejército sin aprobación del Parlamento. Le vitorearon cuando organizó otra guerra, contra los franceses, quienes temían acertadamente que la creación de una Alemania unida significase el fin del predominio del que habían gozado durante los quince años anteriores en la política de poder europea.⁸

Al aplastamiento de los ejércitos franceses en Sedán y en otros lugares siguió la proclamación de un nuevo Imperio alemán, en el Salón de los Espejos del antiguo palacio real francés de Versalles. Construido por Luis XIV, el Rey Sol, en la cúspide de su poder casi doscientos años antes, el palacio se convirtió entonces en un símbolo humillante de la derrota y la impotencia francesas. Fue éste un momento clave de la moderna historia alemana y en realidad europea. Para los liberales parecía la culminación de sus sueños. Pero tuvieron que pagar un alto precio. Varias características de la creación de Bismarck tendrían sombrías consecuencias para el futuro. En primer lugar, la decisión de llamar al nuevo Estado «el Reich alemán» conjuraba inevitablemente recuerdos de su predecesor de mil años, la potencia dominante en Europa durante tantos siglos. Algunos se refirieron, de hecho, a la creación de Bismarck como el «Segundo Reich». El uso de la pa-

labra implicaba también que donde el Primer Reich había fracasado, frente al ataque francés, el Segundo había triunfado. Entre los muchos aspectos de la creación del Reich alemán que sobrevivieron a su caída en 1918, el uso continuado del término «Imperio alemán», *Deutsches Reich*, por la República de Weimar y todas sus instituciones distó mucho de ser el menos significativo. La palabra «Reich» conjuraba entre los alemanes cultos una imagen que iba mucho más allá de las estructuras institucionales introducidas por Bismarck: la del sucesor del Imperio romano; la visión del Imperio de Dios aquí en la Tierra; la universalidad de su pretensión de soberanía; en un sentido más prosaico, pero no menos poderoso, el concepto de un Estado alemán que incluiría a todos los germanófonos de Europa central: «Un Pueblo, un Reich, un Caudillo», como habría de expresarlo el lema nazi.⁹ Siempre seguiría habiendo en Alemania quienes considerasen la creación de Bismarck sólo una realización parcial de la idea de un verdadero Reich alemán. Inicialmente sus voces quedaron ahogadas por la euforia de la victoria. Pero su número habría de crecer con el tiempo.¹⁰

La constitución que Bismarck ideó para el nuevo Reich alemán en 1871 distaba mucho de satisfacer los ideales que habían soñado los liberales en 1848. Era, entre todas las constituciones alemanas modernas, la única que carecía de una declaración de principios sobre derechos humanos y libertades ciudadanas. El nuevo Reich era, desde el punto de vista formal, una endeble confederación de Estados independientes, muy parecida a la que había sido su predecesora. Su cabeza titular era el emperador o káiser, un título tomado del antiguo soberano del Sacro Reich Romano y derivado en último término del nombre latino «César». Disponía de amplios poderes que incluían la declaración de guerra y paz. Las instituciones del nuevo Reich eran más fuertes que las del viejo, con un Parlamento nacionalmente elegido, el Reichstag (nombre que, procedente del Sacro Reich Romano, fue otra supervivencia que superaría la divisoria revolucionaria de 1918), y una serie de instituciones administrativas centrales, en especial el Ministerio de Asuntos Exteriores, a las que se añadirían más con el transcurso del tiempo. Pero la Constitución no otorgó al Parlamento nacional el poder de elegir o destituir a los gobiernos y a sus ministros, y quedaron reservados al monarca y a su entorno inmediato aspectos clave de la toma de decisiones políticas, sobre todo en asuntos de guerra y paz y en el control del Ejército. Los ministros del gobierno, incluido el jefe de la Administración civil, el canciller del Reich (un cargo creado por Bismarck, que lo ostentó unos veinte años), eran funcionarios del Estado, no representantes de partidos políticos, y dependían del káiser y no del pueblo o de sus representantes en el Parla-

mento. La influencia del Reichstag aumentó con el tiempo, pero no mucho. El gran pensador revolucionario Karl Marx describió, sin exagerar demasiado, el Reich bismarckiano, en una frase enrevesada que captaba muchas de sus contradicciones internas, como un «despotismo construido burocráticamente, ataviado con formas parlamentarias, mezclado con un elemento de feudalismo pero influido ya, al mismo tiempo, por la burguesía».¹¹

II

El poder de los militares y en particular del cuerpo de oficiales prusiano no era simplemente producto de un periodo de guerra. Procedía de una larga tradición histórica. En los siglos xvii y xviii el Estado prusiano en expansión se había organizado principalmente siguiendo directrices militares, con el sistema neofeudal de terratenientes (los famosos *junkers*) y siervos limpiamente engranado con el sistema de reclutamiento militar para oficiales y soldados.¹² Este sistema se desmanteló con el final de la servidumbre, y el prestigio tradicional del Ejército quedó notoriamente menoscabado por una serie de aplastantes derrotas en las guerras napoleónicas. En 1848, y de nuevo en 1862, los liberales prusianos estuvieron casi a punto de conseguir poner a los militares bajo control parlamentario. Bismarck fue nombrado en 1862 sobre todo para proteger de la intromisión liberal la autonomía del cuerpo de oficiales prusiano. Proclamó inmediatamente que «las grandes cuestiones del momento no se deciden con discursos y resoluciones de la mayoría (ése fue el gran error de 1848 y 1849), sino con hierro y sangre».¹³ Cumplió su palabra. La guerra de 1866 destruyó el reino de Hannover, incorporándolo a Prusia, y expulsó a Austria y a Bohemia de Alemania después de siglos en los que habían tenido una participación importante en la determinación de su trayectoria, mientras que la guerra de 1870-1871 arrebató a Francia Alsacia-Lorena y la situó bajo la soberanía directa del Imperio alemán. Se ha descrito a Bismarck, con cierta justificación, como un «revolucionario blanco».¹⁴ La fuerza y la acción militares crearon el Reich, y al hacerlo desplazaron instituciones legítimas, modificaron fronteras de Estados y eliminaron viejas tradiciones arraigadas, con un radicalismo y una rotundidad que proyectaron una larga sombra sobre la subsiguiente evolución de Alemania. Legitimaron con ello también el uso de la fuerza para fines políticos hasta un grado que excedía con mucho lo que era habitual en la mayoría de los otros países, salvo cuando se planteaban conquistas imperiales en otras partes del mundo. El militarismo del

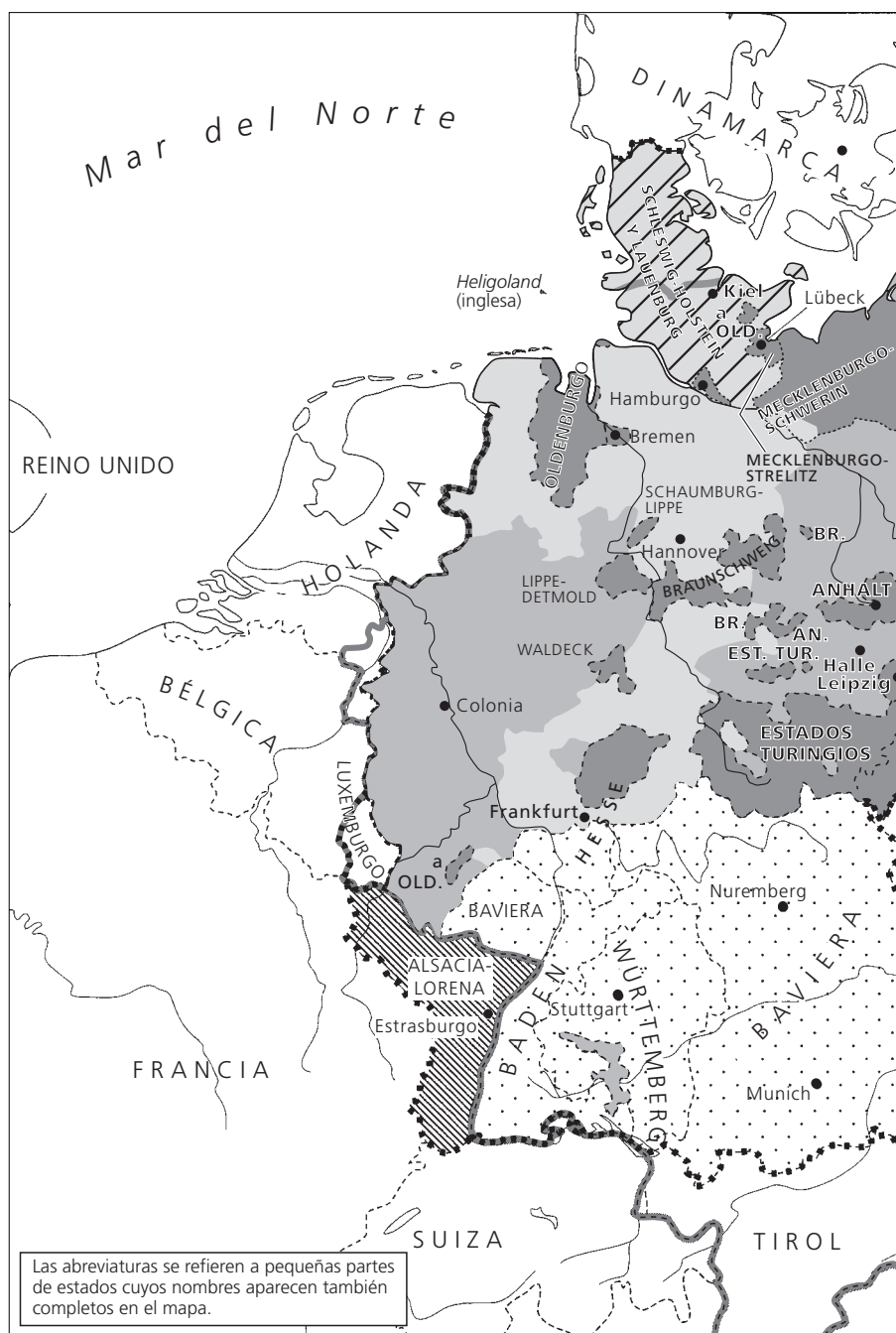
Estado y de la sociedad habría de tener una influencia notoria en el fracaso de la democracia alemana en la década de 1920 y en la llegada del Tercer Reich.

Bismarck procuró que el Ejército fuese prácticamente un Estado dentro del Estado, con acceso inmediato al káiser y un sistema propio de autogobierno. El Reichstag sólo tenía derecho a aprobar su presupuesto cada siete años, y el ministro de la Guerra era responsable ante el Ejército más que ante el órgano legislativo. Los oficiales gozaban de muchos privilegios sociales y de otro tipo, y consideraban que los civiles debían mostrarse respetuosos con ellos cuando se los encontrasen en la calle. No es sorprendente, pues, que muchos profesionales burgueses ambicionasen que se les admitiese en la reserva como oficiales, mientras que el servicio militar obligatorio familiarizaba a las masas con los códigos militares de conducta y los valores e ideales castrenses.¹⁵ En periodos de emergencia, el Ejército tenía potestad para implantar la ley marcial y suspender las libertades ciudadanas, una medida que se planteó tan a menudo durante la era guillermina que algunos historiadores han llegado a decir, con exageración disculpable, que los políticos y legisladores de la época vivían bajo la amenaza permanente de un golpe de Estado desde arriba.¹⁶

El Ejército influía en la sociedad de diversos modos, sobre todo en Prusia, y luego, después de 1871, más indirectamente, mediante el ejemplo prusiano, también en los otros Estados alemanes. Tenía un enorme prestigio que se había ganado en las asombrosas victorias de las guerras de unificación. Los suboficiales, es decir, los que habían seguido en el Ejército después del periodo de servicio militar obligatorio y habían continuado en él durante años, tenían un derecho automático a un puesto en el funcionariado cuando por fin lo abandonaban. Esto significaba que la inmensa mayoría de los policías, carteros, ferroviarios y demás funcionarios estatales inferiores eran ex soldados, que habían sido socializados en el Ejército y se comportaban de acuerdo con la disciplina castrense a la que se habían habituado. El reglamento de una institución como la policía se concentraba en imponer los modelos militares de conducta, insistía en que había que mantener al público a distancia y garantizaba que, en manifestaciones callejeras y actos de masas, fuese más probable que la multitud recibiese el tratamiento de una fuerza enemiga que el de una reunión de ciudadanos.¹⁷ Los conceptos militares de honor gozaban de la suficiente omnipresencia para garantizar la vitalidad continuada del duelo entre civiles, incluso entre los miembros de la clase media, aunque también era común en Rusia y en Francia.¹⁸

La identificación del cuerpo de oficiales con la aristocracia prusiana fue debilitándose con el paso del tiempo, y se incorporaron a los códigos militares aristocráticos formas nuevas de militarismo popular, representadas a principios de la década de 1900 por instituciones como la Liga de la Marina y los clubes de veteranos.¹⁹ En la época de la Primera Guerra Mundial, la mayoría de los cargos clave del cuerpo de oficiales los ostentaban profesionales, y la aristocracia predominaba sobre todo en sectores tradicionales de pretenciosidad y prestigio social como la caballería y las guardias de honor, de forma muy parecida a lo que sucedía en otros países. Pero la profesionalización del cuerpo de oficiales, acelerada por la aparición de nueva tecnología militar, desde la ametralladora y el alambre de espino al aeroplano y el tanque, no lo hicieron más democrático, ni mucho menos. Todo lo contrario: la arrogancia militar se fortaleció con la experiencia colonial, cuando las Fuerzas Armadas alemanas aplastaron implacablemente rebeliones de pueblos indígenas, como los hereros del África Suroccidental alemana (hoy Namibia).²⁰ En 1904-1907, en un acto de genocidio deliberado, el Ejército alemán mató a miles de hereros, hombres, mujeres y niños, y condujo a muchos otros al desierto, donde se morirían de hambre. Los hereros, que eran unos 80.000 antes de la guerra, quedaron reducidos a unos 15.000 en 1911 como consecuencia de estos hechos.²¹ En una parte ocupada del Imperio alemán como Alsacia-Lorena, arrebatada a Francia en 1871, el Ejército se comportaba a menudo como un ejército de conquistadores frente a una población hostil y refractaria. Algunos de los ejemplos más flagrantes de esa conducta habrían de dar origen en 1913 a un encendido debate en el Reichstag, en el que los diputados aprobaron un voto de censura al gobierno. Esto no obligó al gobierno a dimitir, claro está, pero ejemplificó de todos modos la creciente polarización de la opinión pública respecto al papel del Ejército en la sociedad alemana.²²

Muchos no comprendieron en la época hasta qué punto Bismarck consiguió controlar los impulsos más desmedidos del Ejército y contener su deseo de grandes anexiones territoriales después de sus victorias militares. En realidad, sobre todo después de que se viese obligado a dimitir en 1890, surgió el mito (fomentado en gran parte por el descontento ex canciller y sus seguidores) del propio Bismarck como caudillo carismático que había cortado implacablemente los nudos gordianos de la política y resuelto por la fuerza los grandes problemas de la época. Lo que se mantuvo en la memoria del pueblo alemán fueron las guerras revolucionarias de Bismarck de la década de 1860, no los veinte años siguientes, en los que se esforzó por mantener la paz en Europa para dejar que pudiera asentarse el Reich ale-





Mapa 1. La unificación de Alemania, 1864-1871.

mán. Como confiaba a su diario durante una visita a la vieja residencia de Bismarck en Friedrichsrh el diplomático Ulrich von Hassell, un dirigente de la resistencia conservadora a Hitler en 1944:

Es lamentable lo falsa que resulta la imagen que hemos creado de él en el mundo, como el político militarista de la violencia, por una complacencia infantil en el hecho de que alguien consiguiese volver situar Alemania en una posición de influencia. En realidad, su gran mérito fue haber sabido hacer uso de una diplomacia y una moderación extremas. Comprendió como nadie qué era lo que había que hacer para ganarse la confianza del mundo, exactamente lo contrario de lo que vemos hoy.²³

El mito del caudillo dictatorial no era expresión de un aspecto antiguo e intrínseco del carácter alemán: fue una creación mucho más reciente.

Lo alimentó a principios del siglo xx el recuerdo de la actitud firme y dura de Bismarck frente a aquellos a los que consideró los enemigos internos del Reich. En la década de 1870, en una reacción contra los intentos del Papa de reforzar su control de la comunidad católica mediante el Sílabo de errores (1864) y la Proclamación de la Infalibilidad Papal (1871), Bismarck inauguró lo que los liberales denominaron la «lucha por la cultura», una serie de leyes y medidas políticas encaminadas a poner a la Iglesia católica bajo el control del Estado prusiano. El clero católico se negó a cooperar con leyes que le exigían formarse en las instituciones del Estado y someter los nombramientos eclesiásticos a su aprobación. Los que contravinieron las nuevas leyes no tardaron en ser perseguidos por la policía, detenidos y encarcelados. A mediados de la década de 1870, había 989 parroquias sin titular, 225 sacerdotes en la cárcel, se habían prohibido todas las órdenes religiosas católicas salvo las que participaban en tareas de enfermería, habían sido destituidos de sus cargos dos arzobispos y tres obispos, y el obispo de Trier había muerto poco después de haber sido puesto en libertad tras nueve meses de prisión.²⁴ Lo más inquietante fue el que ese ataque generalizado a las libertades ciudadanas de un 40 por 100 de la población del Reich contase con el aplauso de los liberales del país, que consideraban el catolicismo una amenaza tan grave para la civilización que justificaba medidas extremas como aquéllas.

Aunque el enfrentamiento no durase mucho, dejó a la comunidad católica convertida en un acerbo enemigo del liberalismo y de la modernidad y decidida a demostrar su lealtad al Estado, sobre todo a través del llamado Partido del Centro, el partido político que había creado, en principio para defenderse de la persecución. Pero antes de que este proceso llegase a

su fin, Bismarck asestó otro golpe a las libertades ciudadanas con la Ley Antisocialista, aprobada por el Reichstag tras dos intentos de asesinato del anciano káiser Guillermo I en 1877. En realidad, el movimiento socialista alemán en ciernes no había tenido nada que ver con los presuntos asesinos y era una organización respetuosa de la ley, que depositaba su confianza en la ruta parlamentaria para llegar al poder. Pero los liberales cedieron una vez más y abandonaron sus principios ante lo que se les presentó como los intereses nacionales. Se prohibieron los actos socialistas, la prensa socialista y las revistas, y se ilegalizó el partido. Volvió a introducirse la pena capital, anteriormente en suspenso en Prusia y en los demás Estados alemanes importantes. Siguió a esto las detenciones generalizadas y el ingreso en prisión de numerosos socialistas.²⁵

Las consecuencias de la Ley Antisocialista tuvieron un alcance mayor incluso que las de la lucha con la Iglesia católica. Además, la ley fracasó por completo en su objetivo inmediato de acabar con los supuestos «enemigos del Reich». No se podía prohibir legalmente a los socialistas presentarse de forma individual a las elecciones parlamentarias, y como la industrialización se aceleraba en Alemania y la clase obrera industrial aumentaba rápidamente en número, los candidatos socialistas obtenían un creciente porcentaje de votos. Después de que se dejase expirar esa ley en 1890, los socialistas se reorganizaron en el Partido Socialdemócrata de Alemania. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, ese partido tenía más de un millón de miembros y era la mayor organización política del mundo. En las elecciones de 1912, y a pesar de que el sistema electoral incluía medidas discriminatorias favorables al electorado rural conservador, el Partido Socialdemócrata superó al Partido del Centro como poseedor del mayor número de representantes en el Reichstag. Empujado a la izquierda por la represión de la Ley Antisocialista, se adhirió desde principios de la década de 1890 en adelante a un rígido credo marxista, de acuerdo con el cual las instituciones existentes de la Iglesia, el Estado y la sociedad, desde la monarquía y el cuerpo de oficiales del Ejército a los grandes negocios y la Bolsa, serían destruidos por una revolución proletaria que instauraría una república socialista. El apoyo de los liberales a la Ley Antisocialista hizo que los socialdemócratas desconfiasen de todos los partidos políticos «burgueses» y se negasen rotundamente a cooperar con los soportes políticos del capitalismo o los exponentes de lo que ellos consideraban una reforma meramente paliativa del sistema político existente.²⁶ El movimiento socialdemócrata, enorme, sumamente disciplinado, intolerante con los disidentes y en apariencia imparable en su avance hacia el predominio electoral, sembraba el terror en

los corazones de las clases medias y altas respetables. Se abrió así un profundo abismo entre los socialdemócratas por una parte y todos los partidos «burgueses» por la otra. Este abismo político insalvable se mantendría hasta bien entrada la década de 1920 y tendría una importancia capital en la crisis que acabaría llevando a los nazis al poder.

Pero el partido estaba decidido, al mismo tiempo, a hacer todo lo posible por mantenerse dentro de la ley y no proporcionar ninguna excusa para que se reintrodujese la prohibición con la que tan a menudo se le amenazaba. Se dice que Lenin había comentado una vez, en un raro chispazo de humor, que los socialdemócratas alemanes nunca conseguirían hacer una revolución en Alemania, porque cuando llegasen a tomar las estaciones de ferrocarril se pondrían a la cola en buen orden para comprar primero los billetes de acceso a los andenes. El partido adquirió el hábito de esperar a que las cosas sucediesen, en vez de actuar para hacer que sucediesen. Su estructura institucional enormemente compleja, con sus organizaciones culturales, sus periódicos y revistas, sus bares y tabernas, sus clubes deportivos y su aparato educativo, llegó con el tiempo a proporcionar a sus miembros una forma de vida completa y a constituir un conjunto de intereses encubiertos que pocos miembros del partido estaban dispuestos a poner en peligro. El partido, como institución respetuosa de la ley, depositaba su fe en los tribunales para impedir la persecución. Pero no era fácil mantenerse dentro de la ley, ni siquiera después de 1890. Las ruines artimañas de la policía contaban con el respaldo de fiscales y jueces conservadores, y de tribunales que seguían considerando a los socialdemócratas unos revolucionarios peligrosos. Había pocos oradores socialdemócratas o directores de publicaciones del partido que en 1914 no hubiesen pasado por varios periodos de cárcel tras ser declarados culpables de delitos de lesa majestad o de ofender a funcionarios del Estado. Criticar al monarca o a la policía, o incluso a los funcionarios que regían el país, aún podía considerarse un delito, de acuerdo con la legislación. Combatir a los socialdemócratas se convirtió en la tarea de toda una generación de jueces, fiscales, jefes de policía y funcionarios gubernamentales antes de 1914. Estos hombres y la mayoría de los ciudadanos de clase media y alta que les apoyaban, no aceptaron jamás a los socialdemócratas como un movimiento político legítimo. Para ellos, la finalidad de la ley era respaldar las instituciones vigentes del Estado y de la sociedad, no operar como un árbitro neutral entre grupos políticos opuestos.²⁷

Los liberales no ayudaron nada a remediar esta situación. Durante las décadas de 1880 y 1890, perdieron gran cantidad de votos y escaños en el

Reichstag, aunque consiguiesen conservar bastante apoyo en poblaciones y ciudades de Alemania. Uno de sus mayores problemas fue que sufrieron repetidas escisiones a lo largo de finales del siglo XIX y, incluso después de que los grupos de orientación más izquierdista hubiesen vuelto a agrupar sus fuerzas en 1910, siguió habiendo dos partidos liberales oficiales, el de los liberales nacionalistas y el de los progresistas, cuyas diferencias se remontaban a que los segundos se habían negado a perdonar a Bismarck que recaudase impuestos en Prusia sin autorización parlamentaria en la década de 1860. Pero había una división parecida a la derecha del espectro político, donde no había un partido conservador sino dos, porque los que habían apoyado la fusión de Bismarck del particularismo prusiano en las instituciones del Reich en 1871 (lo que era anatema para la nobleza prusiana intransigente, los *junkers*) mantenían una identidad diferenciada como supuestos «conservadores libres». Además, estos dos partidos, mayoritariamente protestantes y del norte de Alemania, tenían que rivalizar con un partido político de la derecha aún mayor, el Partido del Centro, cuyo anti-modernismo y cuyo apoyo al Reich quedaban contrapesados por su defensa de un sistema de seguridad social y su actitud crítica hacia el régimen colonial alemán en África. Así que Alemania no tenía dos partidos políticos principales antes de 1914, sino seis: los socialdemócratas, los dos partidos liberales, los dos grupos de conservadores y el Partido del Centro, que reflejaban, entre otras cosas, las múltiples divisiones de la sociedad alemana, por región, religión y clase social.²⁸ En una situación en la que había un ejecutivo fuerte no directamente responsable ante el legislativo, esto debilitaba la posibilidad de que la política de partidos fuese capaz de desempeñar un papel determinante en el Estado.

III

La rivalidad de todos estos partidos, lejos de provocar una desilusión general con la política, ayudó a calentar la atmósfera política hasta que alcanzó claramente dimensiones febriles en 1914. El sufragio universal masculino en las elecciones al Reichstag, respaldado por una votación más o menos secreta y estrictas normas de corrección electoral, inspiró confianza a los votantes en el sistema electoral. La participación alcanzó la asombrosa cifra del 85 por 100 de los ciudadanos con derecho a voto en las elecciones al Reichstag de 1912.²⁹ Todos los datos demuestran que los votantes se tomaban en serio su obligación de votar y calibraban detenidamente

cómo conciliar su posición ideológica con el escenario político más amplio cuando, como sucedió a menudo, había que votar en una segunda vuelta de acuerdo con el sistema de representación proporcional adoptado por la Constitución alemana para las elecciones al Reichstag. El sistema electoral, garantizado por normas y salvaguardias legales, brindaba un espacio para el debate democrático y convenció a millones de alemanes de diversas tendencias de que la política era algo que competía al ciudadano.³⁰ Además, la prensa diaria de la Alemania imperial era casi enteramente política, pues cada periódico estaba vinculado de forma explícita a uno u otro de los diversos partidos y exponía su punto de vista en casi todo lo que publicaba.³¹ La política no sólo era el tema de conversación fundamental entre los miembros de las elites y de las clases medias, sino que constituía un foco básico de debate en los bares y en las tabernas de la clase obrera y determinaba incluso la elección de actividades de ocio de los ciudadanos.³²

La discusión y el debate políticos fueron centrándose progresivamente, una vez iniciado el siglo xx, en el tema de la posición de Alemania en Europa y en el mundo. Los alemanes se daban cada vez más cuenta de que la creación del Reich por Bismarck era incompleta en una serie de aspectos. Para empezar, incluía minorías étnicas y culturales considerables, herencia de siglos anteriores de conflicto étnico y engrandecimiento del Estado. Había daneses en el Norte, francófonos en Alsacia-Lorena y un pequeño grupo eslavo, los sorabos, en la Alemania central; pero, sobre todo, estaban los millones de polacos, que habitaban en zonas del antiguo reino de Polonia, que Prusia se había anexionado en el siglo xviii. El Estado había intentado, ya con Bismarck, germanizar a estas minorías, impidiendo que se utilizasen sus idiomas en las escuelas y fomentando activamente la colonización por parte de alemanes étnicos. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, el uso del alemán era obligatorio en los actos públicos en todo el Reich y las leyes de propiedad agraria se estaban reformando para privar a los polacos de sus derechos económicos fundamentales.³³ La idea de que las minorías étnicas tenían derecho a que se las tratase con el mismo respeto que a la población mayoritaria, era algo en lo que sólo creía una pequeña y menguante minoría de alemanes. Hasta los socialdemócratas pensaban que Rusia y el Este eslavo eran zonas atrasadas y bárbaras en 1914, y sentían escasa o ninguna simpatía por los intentos de los trabajadores de habla polaca de Alemania de organizarse en defensa de sus derechos.³⁴

Si miramos, más allá de Alemania y de Europa, al mundo más amplio, los cancilleres del Reich que ocuparon el cargo después de Bismarck consi-

deraban su país una nación de segunda categoría en comparación con Inglaterra y Francia, que poseían importantes imperios ultramarinos que abarcaban todo el globo. Alemania, que había llegado tarde al reparto, sólo había podido recoger desechos y migajas dejados por las potencias coloniales europeas que habían podido adelantarse a ella. Tanganika, Namibia, Togo, Gambia, Camerún, Nueva Guinea, unas cuantas islas del Pacífico y el puerto franco de Jiaozhou, impuesto a China en un tratado, eran prácticamente todos los territorios que componían el imperio ultramarino de Alemania en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Bismarck los había considerado de poca importancia y había dado su conformidad a la adquisición con bastante renuencia. Pero sus sucesores pasaron a adoptar un punto de vista diferente. El prestigio y la posición de Alemania en el mundo exigían un «lugar bajo el sol», en palabras de Bernhard von Bülow, ministro de Asuntos Exteriores a finales de la década de 1890 y luego canciller del Reich hasta 1909. Se empezó a construir una inmensa flota de guerra, cuyo objetivo a largo plazo era conseguir concesiones coloniales de los ingleses, que poseían el mayor imperio colonial del mundo, amenazando con inutilizar o destruir, e incluso haciéndolo, la fuerza principal de la Marina británica en un titánico enfrentamiento en el mar del Norte.³⁵

Estos sueños cada vez más ambiciosos de poder mundial los formulaba sobre todo el propio káiser Guillermo II, un hombre pomposo, engraido y muy locuaz, que aprovechaba cualquier oportunidad para manifestar su desprecio por la democracia y los derechos ciudadanos, su desdén hacia las opiniones ajenas y su fe en la grandeza de Alemania. El káiser, como muchos de los que le admiraban, se había hecho adulto después de que Alemania se hubiese unificado. Tenía escasa conciencia de la ruta precaria y peligrosa que había tenido que recorrer Bismarck para conseguir la unificación en 1871. Él creía, siguiendo a los historiadores prusianos de su época, que todo el proceso había sido algo históricamente predeterminado. No tenía idea de los inquietos temores sobre el futuro de Alemania que habían llevado a Bismarck a adoptar una política exterior tan cauta en las décadas de 1870 y 1880. No hay duda de que el carácter del káiser era demasiado errático, su personalidad demasiado voluble, para que pudiese ejercer de verdad una influencia firme en la dirección de los asuntos del Estado, y los ministros, con demasiada frecuencia, tenían que esforzarse más por contrarrestar su influencia que por satisfacer sus deseos. Sus constantes proclamaciones de que era el gran caudillo que Alemania necesitaba sólo servían para llamar la atención sobre sus deficiencias en ese aspecto, y fomentaron en gran parte el mito nostálgico de la astucia y la firmeza bis-

marckianas. Muchos alemanes pasaron a comparar la firmeza de la pericia política amoral de Bismarck, según la cual el fin justificaba los medios y los estadistas podían decir una cosa mientras hacían o se disponían a hacer otra, con la grandilocuencia impulsiva y la falta de tacto intempestiva de Guillermo.³⁶

Prescindiendo de personalidades, todos estos rasgos de la Alemania que creó Bismarck podían observarse también, en mayor o menor grado, en otros países. En Italia el ejemplo carismático de Garibaldi, caudillo de las fuerzas populares que ayudó a unificar la nación en 1859, proporcionó un modelo para el posterior dictador Mussolini. En España el Ejército no estaba menos libre de control político de lo que lo estaba en Alemania, y en Italia, como en Alemania, respondía ante el soberano más que ante el legislativo. En Austria-Hungría el funcionariado era igual de fuerte y las instituciones parlamentarias disponían de un poder aún más limitado. En Francia había un conflicto Iglesia-Estado que no se quedaba atrás en su ferocidad ideológica respecto a la «lucha por la cultura» alemana. En Rusia se aplicaba también una concepción parecida a la del Reich a la política interna y a las relaciones de Rusia con sus vecinos más inmediatos.³⁷ El régimen zarista de Rusia reprimía a los socialistas con más rigor aún que su homólogo alemán y no le iba a la zaga ni mucho menos en el propósito de asimilar a los polacos, millones de los cuales seguían aún bajo su yugo. El liberalismo, como quiera que se definiese, era débil en todos los Estados importantes de la Europa central y oriental en 1914, no sólo en el Reich alemán. El espectro político estaba aún más fragmentado en Italia de lo que lo estaba en Alemania, y la creencia de que estaba justificada la guerra para conseguir objetivos políticos, en particular la creación de un imperio colonial, era algo que compartían muchas potencias europeas, como habría de mostrar con terrible claridad el estallido en agosto de 1914 de la Primera Guerra Mundial. Las fuerzas crecientes de la democracia amenazaban la hegemonía de las élites conservadoras. El periodo de finales del siglo XIX y principios del XX fue la era del nacionalismo no sólo en Alemania, sino por toda Europa, y se estaba produciendo también en muchos otros países la «nacionalización de las masas».³⁸

Pero en ninguna nación de Europa más que en Alemania estaban presentes al mismo tiempo y en la misma medida todas estas condiciones. Además, Alemania no era un país europeo cualquiera. Los historiadores han escrito mucho sobre los diversos aspectos del presunto atraso de Alemania en esta época, su supuesto déficit de valores cívicos, sobre las razones para considerar anticuada su estructura social, su clase media aparen-

temente cobarde y su presunta aristocracia neofeudal. No era así como veían las cosas la mayoría de los contemporáneos. Mucho antes de que estallase la Primera Guerra Mundial, Alemania era la economía más rica, más potente y más adelantada del Continente. En los últimos años de paz producía dos tercios del total del acero que producía la Europa continental, la mitad del carbón y del lignito y un 20 por 100 más de electricidad que Inglaterra, Francia e Italia juntas.³⁹ En 1914, con una población de unos 67 millones de habitantes, el Imperio alemán disponía de unos recursos humanos mucho mayores que ninguna otra potencia continental europea con la excepción de Rusia. Inglaterra, Francia y Austria-Hungría tenían por entonces entre 40 y 50 millones de habitantes cada una. Alemania ocupaba el primer puesto mundial en las industrias más modernas, como la química, la farmacéutica y la eléctrica. En la agricultura el uso masivo de abonos artificiales y de maquinaria agrícola había multiplicado en 1914 la eficiencia de las grandes fincas del Norte y el Este, y Alemania estaba cosechando por entonces, por ejemplo, un tercio de la producción mundial de patatas. El nivel de vida había ido aumentando a saltos desde el cambio de siglo, e incluso desde antes. Los productos de las grandes empresas industriales alemanas como Krupps y Thyssen, Siemens y AEG, Hoechst y BASF, eran famosos en todo el mundo por su calidad.⁴⁰

Eran muchos aquellos a los que la Alemania de antes de 1914, vista nostálgicamente desde la perspectiva del principio del periodo de entreguerras, les parecía que había sido un remanso de paz, prosperidad y armonía social. Pero por debajo de esa superficie próspera y segura había inquietud, inseguridad y dolorosas tensiones internas.⁴¹ A muchos, el intenso ritmo de cambio económico y social les parecía desconcertante y aterrador. Daba la impresión de que estaban desapareciendo los viejos valores en un maremágnum de materialismo y ambición desmedida. La cultura moderna, desde la pintura abstracta a la música atonal, aumentaba el sentimiento de desorientación en algunos sectores de la sociedad.⁴² La penetración precipitada en la era moderna de la sociedad alemana estaba minando la tradicional hegemonía de la aristocracia terrateniente prusiana, que Bismarck se había esforzado tanto por preservar. Los valores, hábitos y formas de conducta burgueses habían triunfado en las capas medias y altas de la sociedad en 1914; pero se enfrentaban al mismo tiempo al peligro que representaba la autoafirmación creciente de la numerosa clase obrera industrial, organizada en el movimiento obrero socialdemócrata. Alemania, a diferencia de otros países europeos, se había convertido en un Estado nacional no antes de la Revolución industrial sino en el apogeo de ésta; y so-

bre la base no de un solo Estado, sino de una federación de Estados muy distintos cuyos ciudadanos estaban vinculados entre sí principalmente como una comunidad lingüística, cultural y étnica. Las presiones y tensiones creadas por la rápida industrialización se entrelazaban con ideas contrapuestas sobre la naturaleza de la nación y el Estado alemanes y su posición en el marco más amplio de Europa y del mundo. La sociedad alemana no se integró nacionalmente en 1871 en una condición completamente estable. Estaba dividida por conflictos internos que se agudizaron rápidamente y que se sumaron cada vez más a las tensiones del sistema político que había creado Bismarck.⁴³ Estas tensiones hallaron desahogo en un nacionalismo cada vez más vociferante, mezclado con estridentes y alarmantes dosis de racismo y antisemitismo, que habrían de dejar una funesta herencia para el futuro.